

 **REY
DESNUDO** 
REVISTA DE LIBROS

Dossier: Historia de las Juventudes en América Latina

Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017).

Sara M. Luna Elizarrarás

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ciudad de México

slunae@hotmail.com

Fecha de recepción: 23/10/2019

Fecha de aprobación: 12/11/2019

La edición en español que el Fondo de Cultura Económica hace del texto de Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina, Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, ofrece a los lectores hispanohablantes la posibilidad de acercarse a la aún incipiente historiografía latinoamericana centrada en la juventud como sujeto histórico y como categoría analítica, es decir, como un significante que atestigua las transformaciones en discursos y prácticas de una sociedad¹.

¹ Valeria Manzano refiere como inaugural de esta línea interpretativa las obras de John Gillis y Paula Fass en la historiografía de la juventud. Véanse John Gillis, *Youth and History. Tradition and Change in European Age Relations, 1700 -present* (Nueva York: Academic Press, 1974) y Paula Fass, *The Damned and the Beautiful. American Youth in the 1920s* (Nueva York: Oxford University Press, 1997).

Inscrito explícitamente por la autora entre los trabajos que proponen historizar el concepto de “modernización”, el texto de Manzano brinda un enfoque que conjuga la historia social con la historia cultural y política, para así presentar un análisis original sobre las transformaciones en las diversas representaciones y experiencias que dieron significado a la categoría juventud, y los usos políticos que de ésta hicieron diferentes grupos. El análisis abarca un periodo de tres décadas (1953-1983) marcadas por procesos que atravesaron fronteras, como el inicio de la Guerra Fría, el surgimiento de la Nueva Izquierda, la masificación de los medios de comunicación y la publicidad, el auge del rock and roll, la Revolución Cubana, la configuración de los discursos sobre el Tercer Mundo y los debates del Concilio Vaticano II.

Manzano advierte que ese contexto ha suscitado una serie de interpretaciones homogeneizadoras sobre el protagonismo cobrado por la juventud en el ámbito político y cultural, caracterizándola como una generación con rasgos identitarios compartidos sin importar su nacionalidad, su etnicidad, su clase o su género. Sin dejar de reconocer el impacto ejercido por la circulación en Occidente de imágenes, noticias, tendencias de consumo material y cultural marcadas por el ideal estadounidense y signados en clave de juventud, la autora se opone a esas interpretaciones unificadoras y privilegia en el establecimiento de su temporalidad y en sus ejes de interpretación los hitos y procesos locales más relevantes en materia social, demográfica y política.

Lo anterior le permite también establecer un diálogo crítico con interpretaciones que miran ese periodo de la historia argentina como un proceso unívoco de modernización, en el que una sociedad ávida de cambio se enfrentó, resistió y luchó contra las medidas conservadoras de regímenes autoritarios. En ese sentido, el análisis de *La era de la juventud* visibiliza el peso de aquellas opiniones, acciones y grupos que promovieron o contrarrestaron los cambios en un proceso “contencioso del cambio sociocultural” (p. 389).

En esa contienda, es notoria la agencia de sectores tradicionalistas, católicos la mayoría, que, en nombre del “orden”, respaldaron y legitimaron toda clase de medidas restauradoras de la autoridad, ejercidas por los regímenes militares. También es notable la acción de grupos de izquierda que favorecieron la radicalización y militancia política de jóvenes varones y mujeres mientras, simultáneamente, defendían pautas tradicionales como la monogamia y la familia

nuclear, especialmente frente a las transformaciones en algunas pautas de sexualidad prematrimonial de la época.

Tres son los ejes seguidos en el análisis. El primero, el más constante y central, es el político. Al respecto, Manzano subraya cómo los proyectos de Estado de los gobiernos que transitaron durante el periodo establecieron los espacios y límites propios de la “juventud”. En ese sentido, desde los programas populistas para los estudiantes secundarios durante el segundo gobierno de Perón hasta las medidas de restauración del orden de la última dictadura militar iniciada por Jorge Rafael Videla llevaron consigo nociones particulares sobre la autoridad y el poder en las que los jóvenes estaban imbricados.

El alcance de esos proyectos no se circunscribió a la arena política o gubernamental, sino que entrelazó ámbitos como la familia, las aspiraciones de movilidad social, pautas de cortejo, sexualidad, control natal, e incluso la vestimenta y los significados atribuidos al cuerpo. De esa manera, cada régimen estableció un conjunto de disposiciones legales, instituciones y discursos que retrataban lo que suponían el deber ser de la juventud, y a la par incidían en las posibilidades y experiencias de la población joven de carne y hueso.

El segundo y no menos importante de los ejes del análisis es el género. En este renglón, el libro enriquece el corpus historiográfico sobre las transformaciones sociales, culturales y económicas que incidieron en las experiencias y las representaciones de varones y mujeres del medio siglo en Argentina, entre los que se cuentan los textos de Isabella Cosse, Karina Felitti y Graciela Queirolo por mencionar sólo algunos².

El engrosamiento de las matrículas escolares derivada de la incorporación de mujeres a las aulas, la permanencia de las jóvenes en el campo laboral por más años, el establecimiento de cotos culturales masculinos de jóvenes pelilargos y pibes rockeros, las modificaciones en las expecta-

2 Véanse Isabella Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2010), Karina Felitti, *La revolución de la píldora, sexualidad y política en los setenta* (Buenos Aires: Edhasa, 2012), Graciela Queirolo, *Mujeres en las oficinas. Trabajo, género y clase en el sector administrativo (Buenos Aires 1910-1950)* (Buenos Aires: Biblos, 2018). A su vez, Manzano refiere su deuda con los trabajos de Beth Bailey, Ann Marie Sohn y Dagmar Herzog. Véanse Beth Bailey, *Sex in the Heartland* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999), Anne Marie Sohn, *Âge, tendre et tête de bois. Histoire des jeunes des années 1960* (París: Hachette, 2001) y Dagmar Herzog, *Sex After Fascism. Memory and Morality in Twentieth-Century Germany* (Princeton: Princeton University Press, 2005).

tivas y prácticas sexuales prematrimoniales y la jerarquización de la militancia política y guerrillera en los años de mayor radicalización política son algunos de los tópicos en los que Manzano examina las tensiones, diferencias y contradicciones de los significados sobre lo considerado apropiadamente masculino y femenino durante el periodo de estudio.

El tercer eje de análisis tiene que ver con las cuestiones de clase y los avatares de la distinción cultural y social imbricados con las representaciones y prácticas de la juventud. Si bien Manzano no entra en la discusión sobre los parámetros que permitirían distinguir a una clase de otra, sí subraya que los procesos analizados tenían resultados disímiles según se tratara de jóvenes de sectores obreros o populares, si pertenecían al genérico de las clases medias o a la alta sociedad. Esas diferencias determinaban el alcance de los cambios en las pautas de comportamiento, en sus expectativas de vida, en las pautas de cortejo y en las formas de movilización política de los jóvenes.

A su vez, la autora subraya la importancia de develar los matices y las diferencias que había en torno a los gustos, consumos y señas identitarias de los jóvenes, desarticulando las interpretaciones homogeneizadoras sobre la juventud de la época. Siguiendo los planteamientos del sociólogo francés Pierre Bourdieu sobre el peso que el consumo cultural y material tiene en los procesos de estratificación social, Manzano refiere que las señas más visibles de la cultura juvenil llevaban consigo profundas diferencias entre jóvenes³. El caso más ilustrativo fueron las distinciones asociadas al uso de pantalones de mezclilla, una de las prendas más recurrentemente asociadas al consumo joven, que pese a su supuesto poder igualador estaban marcados por la clase, de tal suerte que sólo eran identificados como “jeans” aquellos importados de Estados Unidos, los cuales eran más caros y se convirtieron en emblema de modernización y de estatus.

En contraparte, los “vaqueros”, pantalones manufacturados por marcas nacionales se volvieron epítome de lo “mersa”, término que refería al mal gusto y la vulgaridad, y que también era eufemismo de barato o popular. Así, la clase social estaba intrincadamente relacionada con las políticas del gusto y con el enfrentamiento entre lo supuestamente auténtico y lo comercial que

3 Manzano refiere uno de los textos clásicos de Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (Buenos Aires: Taurus, 1998).

marcaban los consumos musicales. A esto se sumaba la cuestión de género: la música rock era considerada expresión “auténtica” de lo juvenil pero su sociabilidad era predominantemente de varones clase medieros, mientras que productos comerciales como el programa televisivo *El club del clan* y sus estrellas (Palito Ortega y Johnny Tedesco, entre otros) eran preferidos por las jóvenes *mersas* de extracción popular.

Al establecer como marco interpretativo las coyunturas y programas políticos, así como su entrecruce con saberes, prescripciones y consensos en torno a temas como la autoridad, la familia y la sexualidad y la clase y el género, Manzano logra un acercamiento original a los jóvenes en su doble papel de sujetos históricos y de objetos de debate público. De esta manera, revisa las prácticas con las que estos jóvenes desafiaron o se adaptaron a pautas convencionales en materias que iban desde la indumentaria hasta los estándares de convivencia escolar, laboral, familiar e incluso sexual y las nuevas expresiones culturales como el rock y la música folklórica. También aborda las reacciones y medidas tomadas por el gobierno y otros grupos en torno a esta categoría etaria, que podían ir desde la suspicacia temerosa por parte de padres de familia y maestros ante la decreciente nitidez de fórmulas jerárquicas de convivencia, los pánicos morales suscitados ante el riesgo de aquellas jóvenes que decidían irse de casa, hasta medidas de restablecimiento brutal del orden, como los secuestros, tortura y desapariciones practicados contra miles de jóvenes durante la dictadura de 1976-1983.

Vale la pena señalar la diversidad de fuentes usadas por Manzano para construir su trabajo, recurriendo tanto a documentos oficiales, de partido, prensa, publicidad, declaraciones y textos de especialistas en psicología, filmes comerciales y experimentales, letras de canciones, programas de televisión y testimonios de jóvenes de entonces. Este mosaico permite a la autora brindar un conjunto polifónico de voces participantes en los debates sobre la juventud, sus cambios y sus militancias políticas. También le permite pensar y retratar la experiencia de los jóvenes no como entes pasivos que se amoldaban y respondían a las influencias de los medios de comunicación y las directrices del gobierno sino como sujetos activos que configuraron sus prácticas y dieron sentido a su experiencia en múltiples formas.

El libro está organizado en una introducción, ocho capítulos y conclusiones a través de los cuales la autora estudia diferentes dinámicas de modernización cultural que interpelaron a los jóvenes, así como sus efectos y reacciones en la población. Centrarse en las dinámicas tiene como propósito, para Manzano, identificar las tensiones y conflictos y con ello complejizar las interpretaciones sobre los diferentes hitos de esta era. Serán esas dinámicas las que delimiten las temáticas revisadas a través “de la lente de la juventud” en cada uno de los capítulos, que siguen una secuencia cronológica que en más de una ocasión se superpone entre un capítulo y otro.

En el primer capítulo, “El espacio de la juventud”, la autora señala el año 1953 como el punto de partida para el trazo de las coordenadas espaciales y temporales de las discusiones sobre la juventud. Esas discusiones se dieron en dos planos: uno de tinte político en el que se enfrentaron peronistas y antiperonistas y otro donde se confrontaban las miradas católicas y conservadoras sobre la autoridad, la familia y la sexualidad frente a las opiniones modernizantes sobre estos mismos temas en la voz de psicólogos y psicoanalistas. Manzano destaca que la salida forzada de Perón no debilitó el debate sino que fomentó la construcción del tropo “la crisis de nuestro tiempo” que desacreditaba a la juventud formada por el peronismo por su hedonismo, indisciplina y libertinaje sexual.

El capítulo segundo, “El mundo de los estudiantes”, aborda las transformaciones derivadas de la expansión de las matrículas educativas a nivel secundario y universitario, entre el golpe de Estado contra el peronismo y el de 1966. Manzano refiere que ese crecimiento estuvo atravesado por tres procesos: la feminización de la matrícula, la diversificación de la clase social de los estudiantes y la expansión de la oferta educativa particularmente de escuelas privadas, de orientación católica y enfocadas a formar cuadros administrativos. De los aspectos incluidos en el análisis, destaca el estudio de la transformación del activismo universitario, que transitó de la oposición entre reformistas y católicos a un activismo impregnado de discursos “antiimperialistas” y “anticapitalistas” influido por la Revolución Cubana y los debates del Concilio Vaticano II, cuya fuerza propició la intervención en las universidades una vez que triunfó el golpe de Estado de Juan Carlos Onganía en 1966.

En el tercer capítulo, “En la cresta de la nueva ola. Música, esparcimiento y consumo”, la autora sugiere que el apelativo “nueva ola” fue un significante que aglutinó imágenes aspiracionales, prácticas de esparcimiento y una gama de productos asociados a la juventud que inundaron la cultura de masas y distanciaron la experiencia de los jóvenes de los sesentas de generaciones previas. Manzano subraya en su análisis los matices y distinciones de clase y de género, entrelazados a los significados y señales identitarias de la “nueva ola”, con lo que pone en entredicho las interpretaciones que atribuyen al consumo juvenil y a la llegada del rock como fenómeno internacional un efecto igualador de pertenencia generacional más allá de las fronteras.

El capítulo cuarto conduce a una de las conclusiones más interesantes del libro: los cambios en las pautas de comportamiento social, familiar y sexual fueron protagonizados por mujeres. Titulado “Ella se va de casa, las jóvenes, el género y la sexualidad”, el capítulo revisa las transformaciones que, en los planos cotidianos de la familia, la escuela, las perspectivas laborales, el consumo y la sexualidad, fueron experimentadas por un creciente número de mujeres jóvenes. Estos procesos mediados por el lugar de origen y la extracción social generaron también episodios de pánico moral ante la salida real o simbólica de las jóvenes del ámbito doméstico. Salir de casa, ya fuera para trabajar o estudiar, implicó el desuso de convenciones tradicionales relacionadas con el noviazgo y el sexo antes de la boda, cuyo otrora tabú fue sustituido por una gradual aceptación de la práctica sexual dentro de los límites de un compromiso matrimonial.

El capítulo quinto, “Una fraternidad de varones pelilargos”, analiza las expresiones culturales, prácticas y sociabilidades juveniles signadas o acotadas a los varones, delineando novedosas pautas de masculinidad para los muchachos de la década de 1960. El consumo musical y la estética corporal fueron pilares de estas transformaciones, las cuales reconfiguraron las masculinidades hegemónicas entre los jóvenes, aunque con un rezago de diez años frente a los cambios en las actitudes y expectativas de las jóvenes frente a los mandatos más tradicionales de su género.

En el sexto capítulo, “Cerca de la Revolución. La juventud se politiza”, Manzano analiza los vericuetos de la radicalización política de algunas organizaciones de jóvenes, predominante pero

no exclusivamente estudiantiles, que en conjunto transformaron el panorama político, dieron un vuelco a las formas de militancia y contribuyeron al debilitamiento del régimen militar de Juan Carlos Onganía. No todos los jóvenes eran militantes, apunta, pero la participación de los que sí lo fueron fue decisiva en la configuración de “una cultura política revolucionaria” (que quedó de manifiesto en las movilizaciones concatenadas en Corrientes, Rosario y Córdoba durante mayo de 1969), el fortalecimiento de discursos antiimperialistas y tercermundistas entre los jóvenes militantes, el surgimiento de diversos grupos armados entre 1969 y 1971 y el refortalecimiento del ala política peronista, procesos que desembocaron en la primavera democrática de 1973 (p. 299).

En el capítulo séptimo, “Poner el cuerpo. El cuerpo joven, entre el erotismo y la política revolucionaria”, el análisis entrecruza las representaciones, discursos y prácticas corporales con la política y la sexualidad de los jóvenes. El estudio abarca el final de la década de 1960 y los primeros años setenta y toma como guía el trabajo de la filósofa Elizabeth Grosz, quien plantea el cuerpo como experiencia y como el plano donde se articulan “los códigos legislativos, morales y axiológicos de la sociedad” (p. 303). Con este marco, Manzano analiza los significados atribuidos al cuerpo desde tres ángulos: la mercantilización de la sexualidad, la reconfiguración de las prácticas sexuales y el perfilamiento del cuerpo militante. Los tres ángulos están notoriamente atravesados por el género, lo que constituye uno de los aportes analíticos del capítulo.

En el capítulo octavo, “Los jóvenes y la restauración de la autoridad”, Manzano aborda las aristas y vertientes del proyecto de ultraderecha que marcó el cierre de la llamada “era de la juventud”. Para la autora, ese proyecto comenzó con el tercer gobierno de Perón, cuando comenzaron a articularse acciones para combatir al “enemigo interno” que con rostro joven subvertía el orden y la autoridad en la arena política, familiar y sexual. Tales medidas fueron llevadas al extremo una vez ejecutado el golpe de Estado liderado por Jorge Rafael Videla en 1976, cobrando proporciones escalofrantes que se tradujeron en el sistemático secuestro, tortura y desaparición de miles de personas, de las cuales el 70% contaba entre 16 y 30 años de edad. Manzano también visibiliza los espacios de sociabilidad y agencia contestataria que prevalecieron a pesar de la dictadura, entre ellos el rock y algunas revistas para jóvenes. El capítulo cierra

advirtiendo el papel crucial que jugó el conflicto bélico por las Islas Malvinas para la desarticulación del régimen militar.

Finalmente, en las conclusiones se destaca el rechazo de Manzano al uso del tropo de la “víctima joven” en los relatos literarios, periodísticos y cinematográficos sobre la última dictadura, señalando que éste evoca a la juventud como categoría neutra, invisibilizando la filiación política de las víctimas de la represión y ocultando tensiones, conflictos y transformaciones en los que la juventud había sido protagonista en las tres décadas anteriores. Es precisamente contra esas representaciones carentes de carga política que la autora construye su trabajo sobre la complejidad de los significados y prácticas asociados a la juventud argentina entre 1953 y 1983.

La era de la juventud en Argentina, Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla de Valeria Manzano es un libro de lectura obligatoria, una obra clave de la historiografía latinoamericana de la juventud y un referente significativo de la historiografía con perspectiva de género.